





RELACION NUEVA,

PINTANDO VNA DEIDAD EN UN SUEÑO.

De vn ingenio de Cadiz.

UNa risueña mañana,
que Mayo florido, y bello,
me sacò el recreo à solas,
ò la diversion, à tiempo
que en lo florido de vn sitio
loable, gustoso, ameno,
hermoso de flores varias,
fragrante, alegre, y risueño,
confuso, sin mi dudando,
si dudaba, ò si era cierto,
ò si era fantasia,
segun la Deidad offeño
vn Serafin en lo humano,
en vn peregrino objeto,
quando rendido à vn letargo,
estaba entregado al sueño,
vivos todos los sentidos,
y muertos los pen samientos,
me hallè cerca, Qué ventura!
de vna Deidad. Qué consuelo!
tan hermosa, Grande dicha!
que el no adorarla es desprecio.
Has visto en catre de flores,

pintada tal vez à Venus,
dando à las flores embidia,
como à las selvas reflexos?
No has visto entre pardas nubes
la antorcha del Sol venciendo
lo obscuro de las tinieblas,
lo claro de los incendios?
No has visto à la blanca Aurora,
quando ya và amaneciendo,
quaxar al sudor del Alva
las perlas que và esparciendo?
Pues assi aquesta Deidad
era, si lo confidero,
Venus, Antorcha, Alva, Aurora,
Perla, Catre, Flor, Incendio.
Estaba en vna almohada
esparcido su cabello,
y sobre su blanca mano
su hermoso rostro cubriendo
de vn rico, y terço sendal.
Su candido hermoso cuerpo
al pie de vn Rosal estaba,
y las rosas conociendo,

que

que de ella sola podian
dar à su fragancia aumento,
se llegaban, y à porfia
vnas, y otras compitiendo
para coger todas juntas,
puesto que era mas perfecto
el olor de sus mexillas,
y de su boca el aliento.
Y vn Paxarillo que acaño
llegò à el Rosal à este tiempo,
como mirò tan vnidas
rosas, y mexillas; ciego,
por ir à picar la Rosa,
le picò en la boca, haziendo
que la Deidad recordasse,
y queriendo ir à cogerlo
para vengar su dolor
en el avecilla; el terro
sidental se defendió,
y con aquel movimiento
descubrió su cristalino
artificio hermoso, y bello,
dando à las Rosas embidia
con candores, y reflexos,
assombro à el Rosal, y à mi
ansias, y desasosiegos.
Bolvió à recoger honesta
el sendal, y à el recogerlo,
descubrió su hermoso pie,
tan hermoso, y tan pequeño,
que aunque le dexò mirar,
à penas pude yo verlo.
Resistióse à la almohada,
y yo zelosia haziendo
de vnos ramos, me acerqué,

y buuelto mas en mi acüerdo,
vide, que la Deidad era
el dulce adorado dueño
de mis imaginaciones,
y de mi idea consuelo.
Turbado, entre mis deldichas,
dezia, entre mi contento:
Cielos, no es esta la prenda,
que vive dentro en mi pecho?
No es esta aquella Deidad,
à quien rendí à vn mismo tiempo
mis potencias, y sentidos?
Si, ella es, que a los severos
Astros le muestran propicios
condolidos de mis ruegos.
Es este sueño? Dezia.
Si, pues si no fuera sueño,
como pudiera lograr
tanta dicha? Y à este tiempo
diò la Deidad vn suspiro,
y dixo con dulces ecos:
Adonde estas dueño mio?
Yo llevado del afecto,
dixe: Aquí estoy. Y ella entonces
con alboroto, y con miedo,
quiso dar voces; mas yo
con amorosos afectos,
le dixe: Hermosa Deidad,
por qué te turbas? Qué es esto?
No me llamaste? Es verdad;
pero me alustò lo presto
que te vide junto à mi.
Pues por qué te admiras de esto?
Le respondí, quando siempre
vives dentro de mi pecho,
siendo

siendo tu hermosura sola
centro de mis pensamientos?
Mucho mas iba à dezirle,
pero lo estorbò el estuendo
de vnas voces que dezian:
Guarda el Leon. Bolviarento
à ver quien lo ocasionaba,
y ví venir por lo ameno
del Jardin à el fiero Rey
de las fieras que sobervio,
parece que me dezia
con arrogante denuedo:
como de susto de verme,
hombre infeliz no te has muerto?
Saquè el puñal, y emboliendo
sobre el brazo el ferreruelo,
le esperè. Mas èl entonces
al mirarme tan resuelto,
se parò, y dando vn gemido,
levantò animoso el cuello,
y encrespando la guedeja,
empezò aflar sobervio
las diez vnas, ò puñales
sagaz, y altuto en el suelo,
y sin dexar de mirarme
cababa su oculto seno,
llenando horroroso el ayre
de sus menudos lamentos.
Bolvió à rugir cauteloso,
y feroz, como diziendo:
Si has de morir, el Sepulcro
aquí te labra mi esfuerço.
Bolvi en esto à ver el dulce
Imàn de mis pensamientos;
pero la hallè desmayada,

y viendome en dos empeños,
quedè neutral, sin saber
à qual acudir primero.
Acercòse el bruto mas,
conque cessò mi argumento,
pues es forçoso el mirar
en dos tan crecidos rielgos,
que el vno no daba espera,
pero advertí luego cuerdo,
como cumplir con la vida,
y quedar bien, acudiendo
con el corazon à ella,
y à el bruto con el esfuerço.
Travòte en fin la batalla,
y entre los dos qual que fiero
elgimìa, contra mi
el monstruo arrogante, y diestro
fuego horrible por los ojos,
y por la boca veneno;
y yo à vista del peligro
en que estaba, y conociendo,
que el vivir yo consistia
la vida del Angel bello,
y aumentando los desmayos,
la ví ya casi muriendo,
afirmando bien las plantas,
facando el vltimo esfuerço,
en esta mano el capote,
y en esta el brillante azero,
le abrí vna boca, por donde
publicò mi vencimiento:
midiò la arena, y en ella
poco à poco fue escribiendo
el triunfo de mi victoria;
cayendo donde avia hecho

tanto de lo licenciado,
que quiso piadoso el Cielo,
que para mi lo labrasse,
y que lo ocupara èl mismo.
Muriò en fin, y yo bolví
al dulce adorado centro
de mis sentidos, y ví,
que embargados los alientos,
palpitando el corazon,
casi estaba en lo postrero
de su vida, pero quiso
movido de mis deleos,
el Cielo restituir
nueva luz à sus luzeros,
abriòlos en fin, y diòle
con sus rayos, aunque negros,
nueva luz à mis sentidos,
fer, y vida à mis lamentos.
Con amorosas caricias
dixo aquel Serafin bello:
Tente bruto, no le mates,
executa en mi primero
lacrueldad de tus iras.
Esto dixo, y yo contento
le agradeci la fineza,
y le referi el suceffo.
Fuesse alentando del fusto,
passando, y viendo el trofeo

de mi victorias, y el pulso
cobrò de todo el aliento.
Y agradecida me dixo:
Dulce, y adorado Dueño,
pues que me tienes captiva,
tuya he de fer, y supuesto,
que entre estas flores, y murras
nos concede amor el lecho,
no perdamos la ocasion.
Y à el ir yo loco, y contento
de amor, à echarle los brazos,
recordè, me hallè funesto,
triste, congojoso, y solo
en mi funebre aposento.
Llorè el fatal accidente
à costa del sentimiento,
pues despierto en gaño hallè
lo que gozaba durmiendo.
O Fortuna nunca estable!
monstruo arrogante, y sobervio:
Paraquè propones dichas,
si las has de quitar luego?
Ya se muriò mi esperança
ya se muriò mi tormento,
yà no le queda à mi amor,
que pues no logrè durmiendo,
y no merecí tal dicha,
mal la lograrè despierto.

F I N.

Con licencia, en Sevilla, por los Herederos de Tomàs
Lopez de Haro, en calle de Genova.



